

BIBLIOGRAFIA

GUILLOUX, P., *El alma de San Agustín*, Ed. Rialp, Madrid 1986, 328 págs.

Como el propio autor declara en el Prefacio de su obra, él es uno de los innumerables entusiastas que Agustín encontró en el transcurso de los siglos y este hecho no pasa desapercibido a lo largo de estas páginas. Lo que el P. Guilloux pretende comunicar aquí es que —según sus propias palabras— al contrario de Tomás de Aquino, el Doctor de Hipona, piensa raras veces con la razón sola; su imaginación vivísima y su corazón ardiente están siempre adornando con sentimiento y vida las más frías abstracciones.

De acuerdo con este propósito, el P. Guilloux entra de lleno en la vida íntima del Santo para describirnos con pluma ágil y galana sus quehaceres del día, sus preocupaciones, sus penas y sus alegrías. Leyendo la obra se conoce y ama más y mejor al gran Doctor de la Iglesia.

Si bien es cierto que la lectura pausada de este libro conduce a amar más y mejor al Santo, tampoco deja de ser cierto que ayuda bastante —sin ser éste el propósito fundamental del autor— a recorrer su pensamiento filosófico.

Para ello, el Padre Guilloux divide su obra en cinco partes en razón cronológica con los acontecimientos de su vida. Así, en la segunda parte —intitulada *la juventud inquieta*— después de contaros que «lo que había sentido al leer el *Hortensio* de Cicerón (obra que produjo en su alma una impresión que no se le había de borrar) no era un apego especial por

tal o cual doctrina sino el vivo deseo de encontrar la inmortal sabiduría y de unirse a ella con toda su alma», continúa diciendo que inflamado por este deseo de hallar dicha sabiduría, Agustín se puso a hojear la Biblia, pero «le pareció horriblemente duro e inculto el lenguaje de los Apóstoles y de los Profetas» porque estaba acostumbrado al estilo ciceroniano, armonioso y sonoro.

De este modo, Agustín, en busca del buen estilo, volvió a sus autores paganos, Virgilio, Cicerón, sin tener escrúpulos religiosos, y poco después siendo «espíritu despejado y curioso, pero orgulloso; ignorante del Cristianismo, y por consiguiente incapaz de diferenciarlo de sus falsificaciones, Agustín fue presa fácil y casi fatal del maniqueísmo». El problema del mal, que ya le atormentaba, encontraba en el dualismo maniqueo una solución fácil y en apariencia satisfactoria. No le desagradaba considerar su alma como una partícula de Dios y echar sobre el principio del mal, localizado en el cuerpo, la molesta responsabilidad de sus debilidades morales.

Más tarde, Agustín pasa del maniqueísmo al escepticismo: según narra el autor, una afición extraña por el ocultismo, no le impedía tener un espíritu exigente y sutil, que iba poco a poco, pero seguramente, a separarlo del maniqueísmo. Desde los 20 años, había comprendido las famosas *Categorías* de Aristóteles. «Este trato con el severo lógico griego había desarrollado su necesidad de claridad y de precisión en las ideas». «También puso a prueba a los astrónomos y comprobaba al mismo tiempo, y con amarga de-

BIBLIOGRAFIA

cepción, que la cosmografía maniquea no era más que un tejido de errores».

Como curioso y más bien para juzgar que para instruirse, en el año 385 en Milán, asiste primeramente a las predicaciones de San Ambrosio porque quería saber si merecía la reputación de orador. Para darnos a conocer el pensamiento del Doctor de Hipona el Padre Guilloux, a lo largo de toda su obra y todavía más a partir de ahora, recurre a las *Confesiones*, demostrando así una vez más al lector que se gloria de ser un entusiasta de dicha obra agustiniana.

Apenas convertido e instalado en la quinta de Casiciaco, entabló con sus amigos los diálogos contra los escépticos de la Academia. En el curso de sus grandes obras teológicas, el Doctor de Hipona, se detendrá muchas veces para cerrar la puerta a la duda universal. *La Ciudad de Dios* detesta como una locura de la Academia dicha duda. Piensa Agustín que nuestra ciencia es limitada, pero evidente y que creemos los testimonios comprobados por nuestros sentidos corporales porque sería un error desconfiar de ellos siempre. Afirma también que creemos a las Escrituras antiguas y nuevas, que son la fuente de nuestra fe y de nuestra vida.

Comprender a Dios y amarlo, hacerlo comprender a los otros y hacerlo amar, tales son —según el autor— las dos divisas que resumen la vida entera y toda la Obra de San Agustín. Y, comenta el Padre Guilloux, estas dos cosas no las separa jamás; va siempre hacia Dios con el espíritu y el corazón; va allí con toda su alma, y he aquí el secreto de su influencia incomparable y universalmente reconocida.

El consejo final del autor a cada uno de sus lectores es que meditemos los escritos de San Agustín, que nos esforcemos en penetrar en lo íntimo de su corazón, en revivir sus pensamientos y sentimientos y —por tratarse de un libro de espiritualidad— añade el P. Guilloux que el cumplimiento de todos estos consejos traerá como consecuencia que no se acusará más al Cristianismo católico de apocar la inteligencia, de ahogar las espontaneidades y los impulsos del corazón.

INMACULADA GÁNDARA

HAEFFNER, G., *Antropología Filosófica*, Herder, Barcelona 1986, 216 págs.

La editorial Herder publica ahora la traducción de la obra *Philosophische Anthropologie* de Gerd Haeffner, cuya edición original es de 1982. Se trata de un manual introductorio a la antropología filosófica escrito desde un punto de vista sistemático. Se dejan, pues, de lado las cuestiones históricas en beneficio de la brevedad y la claridad. El libro está escrito con mucha linealidad y se afrontan las cuestiones directamente. Se reduce al mínimo el aparato erudito, señalando en cada punto una selección de la bibliografía pertinente. Estas características hacen que la obra se adecúe muy bien a su propósito pedagógico. Es, sin duda, una obra útil en la docencia.

El libro está bien planteado. Se articula bien, sin resultar ecléctico, lo mejor de los planteamientos clásicos, fenomenológicos y hermenéu-